

Historia antigua del Próximo Oriente

Mesopotamia y Egipto

Joaquín Sanmartín

José Miguel Serrano



Libro I

EL PRÓXIMO ORIENTE ASIÁTICO MESOPOTAMIA Y SUS ÁREAS DE INFLUENCIA

Joaquín Sanmartín Ascaso



Introducción general: El concepto de Oriente antiguo

«Oriente» es una noción europea de origen ilustrado y romántico; bajo este concepto se engloban los ámbitos que en los siglos XVII y XVIII escapaban todavía al control directo de las potencias europeas y se situaban al este de los Urales y al sur del Mar Negro: fundamentalmente, para la Ilustración, Oriente era Asia y el norte de África.

Oriente no existe como entidad geo-morfológica. En realidad, bajo esta denominación se esconde un conglomerado geográficamente muy diversificado de regiones, en el que se distinguen varios ecosistemas: estepas desérticas (p. e. el Gobi), estepas cultivables (p. e. Siria), la gran cordillera transversal asiática y sus subsistemas, las cuencas fluviales (Nilo, Éufrates y Tigris, Indo, Ganges, Huangho y Yangtsi), las marismas costeras y la jungla monzónica. A esta diversidad de escenarios geográficos se corresponde una diversidad no menor de vivencias históricas y de sistemas simbólicos.

La historia de este conglomerado que se llamó Oriente no se mide por años o siglos, sino por milenios. La correlación entre las variables geo-ecológicas, por una parte, y las históricas, por otra, decanta, en «lo oriental», tres grandes sistemas culturales, constituidos cada uno de ellos en torno a tres núcleos (del Egipto faraónico se hablará en el Libro II de este volumen):

- el Lejano Oriente, con centro cultural en China;
- el Oriente Medio, con centro cultural en la India;
- el Próximo Oriente, con centro cultural en Mesopotamia.

Los ritmos y ciclos históricos de estos macrosistemas son así mismo muy diferentes entre ellos: la protohistoria arranca en Mesopotamia a finales del IV milenio a.C. con los primeros documentos escritos; en el valle del Indo se anuncia en el primer cuarto del III milenio a.C. (ca. -2700), y en China, se insinúa envuelta en los mitos de la dinastía «Xia» en torno al s. -XX. Si los albores de estas culturas no son sincrónicos, tampoco lo es su final: las culturas china e india han pervivido, con

múltiples transformaciones, hasta hoy, pero la cultura próximo-oriental de cuño mesopotámico entró en crisis ya en el s. -VI, para desaparecer completamente, tras larga agonía, con la conquista árabe del actual Irak en s. +VII.

Los ritmos internos de cada uno de estos macrosistemas culturales son también desiguales; ello se hace especialmente patente en el uso del adjetivo «Antiguo» aplicado al Oriente. El calificativo de antiguo, dicho de un período de la cronología histórica oriental, es una mera construcción conceptual de los historiadores modernos, una cesura arbitraria y carente de límites precisos. Por lo que respecta al Lejano Oriente y al Oriente Medio, sus Historias Antiguas se han definido en la Historiografía simplemente por analogía con lo que comúnmente se entiende por Historia Antigua occidental (o europea: períodos griego y romano), concibiéndola como algo previo y distinto a una Edad Media. Este esquema presupone la secuencia temporal tripartita de: (a) períodos formativos; (b) épocas de florecimiento cultural clásico, a menudo acompañado de cierta unidad política, y (c) tiempos de disolución y decadencia, frecuentemente como fruto de invasiones (todas ellas con innegables causas endógenas). Tal esquema, que puede tener cierta validez y puede ser útil para enmarcar ciertos macroprocesos históricos de China o la India, no tiene aplicación en el caso de las culturas de cuño mesopotámico: allí la crisis fue larga pero definitiva, y no fue seguida de una Edad Media. Mesopotamia y sus áreas de influencia no tienen sino «Historia Antigua».

I

Introducción: Marco, cronología, fuentes y constantes culturales

I.1. EL MARCO GEO-HUMANO DEL PRÓXIMO ORIENTE ASIÁTICO

El núcleo de la cultura vetero-oriental lo constituyen los sistemas ecológicos de los cauces inferiores del Éufrates y del Tigris (en griego, *Mesopotamia* significa «País de Entre-Ríos»; se trata de las regiones del Irak actual situadas en torno a la moderna capital Bagdad y al sur de la misma). A esta región fluvial, delimitada hacia el oeste de manera más bien imprecisa por el desierto arábigo, se le añaden al este y nordeste, a modo de arrabales geo-ecológicos, los cauces medios del Karun y del Kerha, que constituyen la antigua Susiana o Elam, hoy en el suroeste del Irán.

Las zonas mesopotámicas más meridionales, hoy desertizadas o pantanosas, fueron explotadas desde épocas prehistóricas y protohistóricas en régimen de regadíos intensivos ganados a las marismas costeras. Sus habitantes, a pesar de la identidad que les proporcionaba el hecho de habitar dos cuencas fluviales convergentes, fueron siempre conscientes —a diferencia p. e. de Egipto— de que habitaban un terreno abierto: al «País», o *kalam* —como ellos lo denominaban en lengua sumeria—, se accedía sin grandes dificultades por cualquiera de sus lados, sobre todo desde las alturas del norte y del este, descendiendo por las cuencas del Tigris y sus afluentes de la margen derecha; la vía de acceso desde el noroeste era el cauce mismo del Éufrates.

Los caminos de entrada son también vías de salida. A diferencia, por tanto, de Egipto, constreñido por los límites geo-económicos del valle del Nilo, las características primeras de lo mesopotámico son precisamente su *apertura* y su *exportabilidad*. Aparte las razones de clave simbólica, especialmente la concepción universalista del poder que parece inherente a la política mesopotámica desde sus primeras manifestaciones conscientemente estatales (los monarcas adoptaron el título de «reyes de las cuatro regiones» desde finales del III milenio a.C. [↑ Figura 1; ↑ II.5.1]), lo cierto es que las constantes culturales mesopotámicas eran fácilmente exportables a lo largo de las vías de comunicación que ascendían en abanico hacia el oeste, el norte y el este, remontando fundamentalmente las cuencas de los ríos.

En efecto, el Éufrates abría la puerta de la Siria continental, del Levante mediterráneo y de la Anatolia occidental. El Tigris y sus afluentes de la margen izquierda conducían hacia la Anatolia central y oriental, el arco caucásico y las mesetas iraníes (Elam). En el oeste, Siria, y en especial su zona costera, pudo mantener siempre su peculiar identidad cultural bajo el manto de los sistemas simbólicos y tecnológicos mesopotámicos; por el contrario, las zonas septentrionales, subcaucásicas y elamitas quedaron más directamente influidas por las formas mesopotámicas, viendo reducida su autonomía cultural a poco más que lo meramente lingüístico: las poblaciones del Tigris medio y alto (Asiria), las caucásicas y las elamitas habrían de aceptar plenamente, en el transcurso de su historia, los cánones estéticos, los patrones políticos y la escritura cuneiforme mesopotámicos.

El arco formado por el conjunto de zonas geo-humanas del Próximo Oriente que va desde Elam y Mesopotamia, al este, hasta Egipto y Nubia, al oeste, abarcando las regiones subcaucásicas, subanatólicas y siro-levantinas, recibe frecuentemente el nombre de *Creciente Fértil*. Esta denominación, acuñada por Breasted (1916: 100 ss.) y justificable en el estadio de conocimientos de comienzos de siglo, es problemática y debería evitarse en la historia científica por múltiples razones, sobre todo por mezclar indebidamente culturas heterogéneas y ser ajena a los mapas mentales autóctonos, es decir, a la comprensión que tales culturas tenían de sus respectivos hábitats y sus relaciones con los vecinos. De hecho, el concepto de Creciente Fértil es totalmente extraño a la mentalidad babilónica, que partía de una visión cruciforme de su mundo [↑ Figura 1].

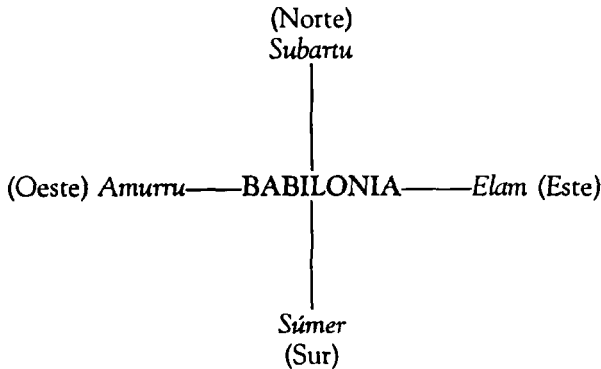


Figura 1. El mapa mental babilónico: «Las Cuatro Regiones» (Hallo-Simpson, 1971: 23)

La visión que los antiguos reyes babilonios tenían de su mundo no era del todo ajena a la realidad. Ese todo que llamamos Mesopotamia constituía un sistema geocultural en equilibrio relativamente estable entre cuatro puntos de tensión, articulados en dos ejes:

(a) Eje norte-sur.

Los polos son:

- en el III milenio a.C.: Súmer (al sur) y Akkad (al norte);
- en los milenios II y I a.C.: Babilonia (al sur) y Asiria (al norte).

(b) Eje este-oeste.

Los polos son:

– Elam (al este) y Siria (al oeste).

1.1.1. Súmer y Akkad

El eje dominante es el norte-sur. El sur profundo, en las cercanías del Golfo Pérsico, fue y es zona pantanosa, aunque en la actualidad en gran parte salinizada: es Súmer, la parte inferior de la Baja Mesopotamia, con las ciudades de Eridu, Ur [↑ VI.1.1], Uruk [↑ V.2.1], Lagaš, Umma, Girsu y Nippur. Habitada desde la Prehistoria, aparece ocupada en las primeras épocas históricas por un sector de población que habla una lengua –el *sumerio*– de tipología aglutinante sin parentesco alguno con las que entonces se usaban en su entorno [↑ V.2.1.1]. Esta lengua está emparentada tipológicamente con otras tan dispares como el vascuence, el húngaro, el turco, el japonés o el suaheli, pero no guarda relación genética con ninguna de ellas, y dejó de hablarse como lengua viva a finales del III milenio a.C. [↑ VI.2.2.2]. Los *sumerios* no son identificables por criterios étnicos ni culturales; constituyen, simplemente, un grupo lingüístico peculiar en estrecho contacto geocultural con hablantes de otras lenguas.

El sector no sumerio más importante lo formaban los hablantes de diferentes *dialectos semíticos*, pertenecientes por tanto a un tronco lingüístico del que forman parte el árabe y el hebreo, lenguas actualmente vivas. Sumerios y semitas –es decir, hablantes de dialectos sumerios y semitas– convivían a su vez con un tercer sector de difícil definición lingüística, probablemente no homogéneo. No hay, por tanto, una raza sumeria ni una raza semita; también es inexacto hablar de una cultura sumeria, o de una mentalidad sumeria distintas o contrapuestas a una cultura o mentalidad semitas. Aunque los primeros documentos escritos sean probablemente sumerios y la documentación escrita durante todo el III milenio a.C. y parte del II lo esté en su mayor parte en lengua sumeria, es necesario librarse del prejuicio de que todo lo que está redactado en lengua sumeria responde sólo a una mentalidad sumeria distinta de la raza o la cultura semita. En lo sucesivo se prescindirá de los términos metodológicamente discutibles de cultura sumeria o cultura acadia, para hablar de datos transmitidos por la tradición en lengua sumeria, en lengua semita, o en ambas lenguas.

Remontando las cuencas del Éufrates y del Tigris hacia el norte, los cauces se acercan uno al otro ligeramente al sur de la actual Bagdad: es lo que en el III milenio a.C. se llamó «el país de *Akkad*», la mitad superior de la Baja Mesopotamia, que albergó las ciudades de Babilonia, Kiš [↑ VI.1.1] y Sippar, con predominio de hablantes semitas (de ahí la denominación de su lenguaje: el *acadio*). Súmer y Akkad constituyen el corazón cultural de Mesopotamia.

A la fusión cultural e histórica de ambas regiones se la suele denominar *Babilonia*, por el nombre de la que sería capital desde comienzos del II milenio a.C.

1.1.2. Babilonia y Asiria

Babilonia –el viejo «País de Súmer y Akkad»– es el núcleo mesopotámico. Era una tierra de dátiles, de cebada, de cerveza y de aceite de sésamo; sus campos debían drenarse para arrojar el excedente de agua pantanosa, y necesitaban luego

riego fresco. Su posición central respecto a los clanes seminómadas de la estepa occidental siria y a las zonas cultivadas del oriente elamita hizo de Babilonia un territorio abierto y civilizador. Su personalidad fue más cosmopolita, su cultura de más solera que la de las tierras situadas más al norte, en las cuencas media y superior del Tigris: la Alta Mesopotamia, políticamente conocida por *Asiria*.

Asiria era zona de somontanos y secanos, y dependía en gran medida de la lluvia. Culturalmente más joven que Babilonia, padeció de un cierto complejo de inferioridad frente a lo *babilónico*, al que le debía culturalmente casi todo. Históricamente actuó colonizando y subyugando. La variante asiria de la cultura mesopotámica difiere en algunos detalles de lo estrictamente babilónico, debido quizá a sus peculiares contactos con las poblaciones marginales, especialmente los *hurritas*.

1.1.3. Las áreas de influencia de lo mesopotámico

Si Súmer y Akkad primero, y luego Babilonia, con su satélite Asiria, constituyeron el núcleo de la civilización mesopotámica, otras regiones fueron su halo.

En la franja oriental, *Elam* (capital de Susa, al suroeste del Irán) tiene una historia casi tan larga como la misma Mesopotamia. Al oeste, el Éufrates es la vía abierta hacia la penetración en *Siria*: Ebla y Mari desde el III milenio a.C., luego Alalah y Ugarit en el II, serán los hitos de una simbiosis siro-mesopotámica poderosa y fértil, que irradiará sobre el Mediterráneo oriental; el dialecto semita acadio —la lengua oficial babilónica— fue la lengua franca del comercio y la diplomacia del Mediterráneo al Irán, sin suplantarse las numerosas lenguas autóctonas de las respectivas regiones [↑ Tabla 1].

TIPOLOGÍA	Lenguas flexivas			Lenguas aglutinantes (ergativas)			Lenguas de tipología incierta	
	Indoeuropeas	Semíticas		Sumerio	Hurrita	Hático	Elamita	Casita
ÁREAS	Anatolia Central	Siria	Mesopotamia	Mesopotamia	Mesopotamia y Siria	Anatolia Central	Irán / Zagros	Irán / Zagros
VIGENCIA								
-3000			protoacadio	paleosumerio			elamita	
-2500		eblaíta	paleoacadio	sumerio		hático		
-2000	hitita y luvio	amorreo	babilonio / asirio		hurrita			
-1500		ugarítico						casita
-1000		fenicio / hebreo / arameo			urarteo			
-500			araméo					

Tabla 1. Lenguas del Próximo Oriente Antiguo

Al norte, los *hititas*, en Anatolia, y los *hurritas* y *urarteos*, en el Cáucaso meridional, fueron civilizaciones híbridas profundamente marcadas también por siglos de influencia mesopotámica intensa, comenzando por el uso de la escritura cuneiforme y los préstamos institucionales y lingüísticos. Estas culturas, a su vez, influi-

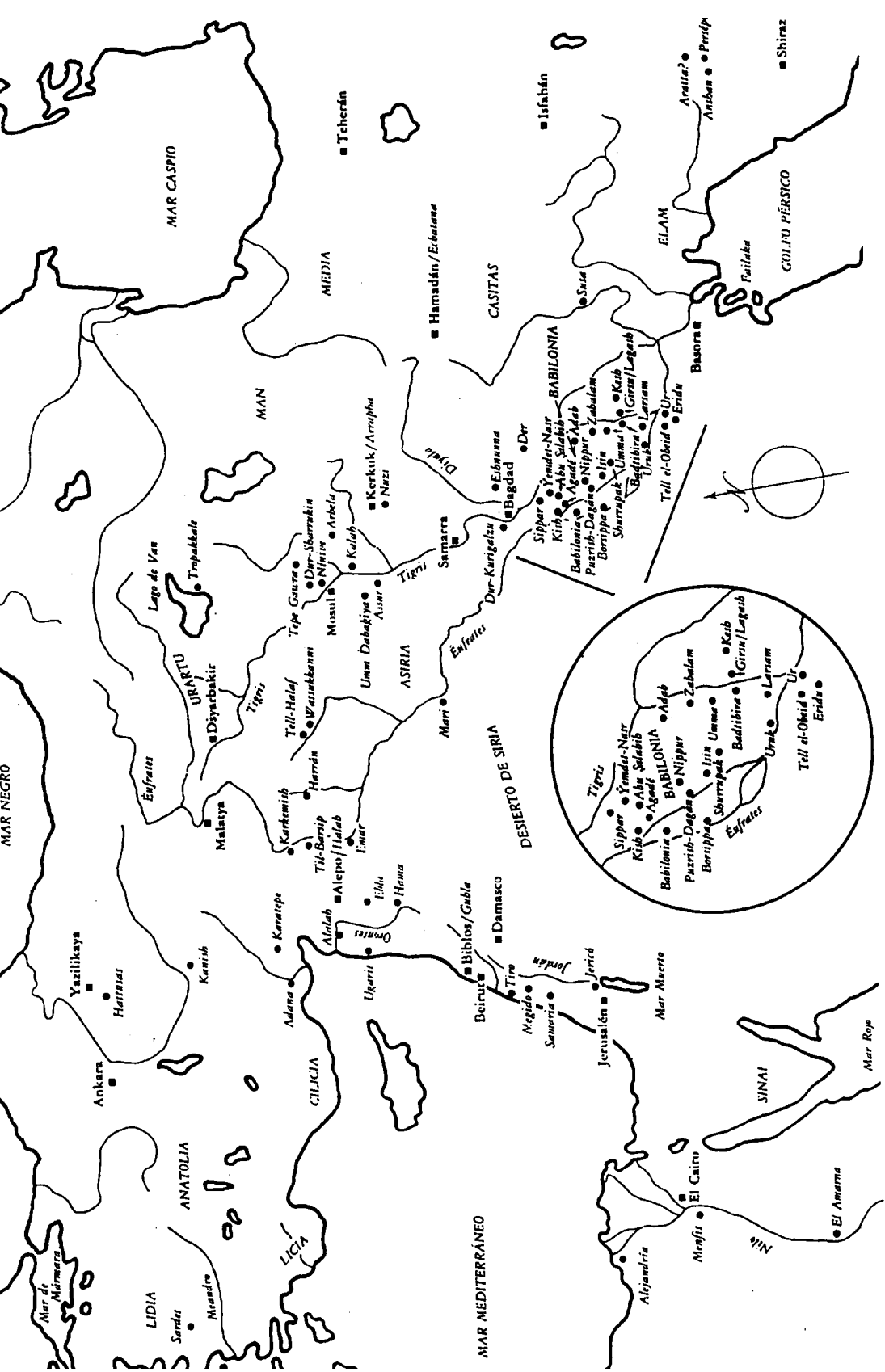


Figura 7. Mapa general del Próximo Oriente: Mesopotamia y sus áreas de influencia

rían, en aspectos tan íntimos como el culto, en los esquemas simbólicos de sus vecinos de la Alta Mesopotamia (asirios). Siria dejó su marca incluso en el núcleo más resistente: Babilonia. En el Egipto del Imperio Nuevo, hasta la época de Amarna, la cancillería de asuntos exteriores empleaba la lengua babilónica y la escritura cuneiforme en la correspondencia internacional con los estados hitita y babilonio, así como con los vasallos siro-palestinos.

1.1.4. Los sectores sociales marginales

Aparte los ejes y ámbitos ya mencionados, hay otros que no pueden ser definidos en términos geo-históricos, sino sólo recurriendo a parámetros sociológicos: se trata de los *sectores sociales desplazados* o *marginales*, situados por debajo y al margen de lo descrito, cuando no enfrentados a todo ello. Constituyen grupos y subgrupos de elementos que vagan por las sierras y las estepas con un solo punto en común: no la lengua, ni la etnia, sino el rechazo, y luego el desprecio, del modelo urbano específico que les ofrece, y con que les tienta, la sociedad urbana de corte babilónico. De ahí el recurso a una subsistencia basada en el pastoreo más o menos incontrolado, el pillaje ocasional y, sobre todo, una fortísima organización familiar (clanes). En gran parte, estos sectores marginados se nutren de bandas de ex-campesinos, ex-comerciantes, ex-soldados y ex-príncipes que mero-dean por las afueras degustando una libertad momentánea y esperando tiempos mejores.

En grados diversos, sin embargo, todos comparten la misma herencia, más o menos modificada por los diversos contextos históricos, geográficos y sociales.

1.2. EL SENTIDO DE LA HISTORIA EN EL PRÓXIMO ORIENTE ASIÁTICO: LA HISTORIA DESDE DENTRO

La historia de Mesopotamia y de sus áreas de influencia abarca más de tres mil años [↑ 1.2.3]; en consecuencia era ya en su mayor parte cosa del pasado para los miembros mismos de esa cultura. Dicho de otra manera, había más distancia entre un babilonio del año -500 y el mundo del rey Enmebaragesi de Kiš (ca. -2700) que entre nosotros y la época de Cristo o la República romana. La percepción de estas distancias cronológicas era y es siempre –para ellos y para nosotros– relativamente subjetiva. Del mismo modo que los grandes espacios se dividen en sectores menores más o menos arbitrarios («puntos cardinales», «paisajes», «continentes», comarcas, naciones, etc.), las diversas culturas han creado segmentos de tiempo («cronotopos», ambientes o «espacios» temporales) que hagan posible la orientación en el tiempo. La cultura mesopotámica elaboró sus propios cronotopos, según criterios simbólicos que obedecían a su propia comprensión del pasado (*datación interna*); la historiografía actual se sirve, para conseguir los mismos fines orientativos, de cronotopos diferentes, basados en la datación arqueológica (*datación externa*).

1.2.1. La datación interna

Se denomina «datación interna» a los parámetros de segmentación y medida del tiempo usados, dentro de una determinada cultura, por los portadores de la misma.

En las lenguas mesopotámicas, sumerio y acadio, no existen vocablos que correspondan unívocamente a las palabras «tiempo», «pasado», «presente» o «futuro». Se habla coloquialmente o en poesía de días («en aquellos días», acadio *ina ūmī ullūtim*), con referencia indistinta al pasado y al futuro; en la vida económica es esencial la mención de «meses» y «años» [↑ IV.2.2]. No existe, por supuesto, nada parecido a «historia» (Von Soden, 1973: 37); tampoco, por lo demás, a «mito». En cambio, sí existe el verbo «recordar» —en especial el acadio *hasāsu(m)*—, en sentido puntual y concreto de acordarse de algo o alguien, pensar o caer en ello.

Ello no obstante, lo cierto es que la cultura mesopotámica se sirvió de varios métodos, según los fines que se persiguieran, para segmentar su propio pasado y para medir el «tiempo». Estos métodos responden a dos diferentes memorias colectivas. Por una parte, la visión del pasado como causa y fundamento del presente —una visión *ideológicamente manipulable* del pasado—; esta visión interesada del acontecer generó segmentos distantes, de larga duración, algo parecido a nuestras «eras» o «períodos». Junto a esta memoria larga, existió siempre en Mesopotamia la visión del pasado como garante político, jurídico, económico del presente; una visión *práctica, concreta, de lo ocurrido en el mundo de las relaciones políticas, de los negocios, de las herencias, y, en general, de todo lo que atañe al engranaje social.*

1.2.2. El uso ideológico del pasado en el Próximo Oriente asiático

La sociedad mesopotámica supo siempre que el presente y el futuro dependían esencialmente del pasado; es más, lo único realmente importante era el pasado, ya que el presente y el futuro no son sino productos suyos. Como todo, también el devenir es fruto de continuas, y a veces contradictorias, decisiones de las distintas divinidades. La historia, en Mesopotamia, es siempre obra de dioses que decretaron su discurso. De ahí la importancia del pasado, ya que todo acontecimiento presente, sin excepción, proviene de un previo acto de voluntad de un dios.

Los textos y géneros literarios producidos por esta ideología son numerosos. Entre los más llamativos habría que citar los *presagios históricos*, las *maldiciones*, las *pseudoprophecías* y las *pseudobiografías*. En todos estos casos aflora lo que podría llamarse la «historia vista desde dentro», con intentos evidentes de entender y domesticar el pasado.

1.2.2.1. Los presagios históricos

Para la mentalidad mesopotámica, las anomalías o malformaciones detectadas en las vísceras de un animal ritualmente sacrificado no eran fruto de la casualidad, sino del destino dictado en el pasado por los dioses; signos de un maleficio que había salido en busca de alguien, el rey o un particular [↑ III.2.1.2]. Frecuentemente, alguien —normalmente un rey famoso— había sido objeto hacía ya muchos años de tal predicción; de ahí que el síntoma nefasto extrajera su fuerza del recuerdo histórico. Son numerosos los textos, algunos de comienzos del II milenio a.C., en los que se sacan consecuencias a partir del examen de vísceras de oveja (hepatoscopia) vinculando la sintomatología observada con algo acaecido a un rey de tiempos ya remotos para el mismo observador [↑ Texto 1].

Texto 1:

Si hay dos entradas de la vena umbilical y tres riñones, y a la derecha de la vesícula hay dos hendiduras que se van metiendo hacia adentro:
es un presagio del rey de Apisal, a quien tomó preso el rey Naram-Sin a través de una brecha.

Si hay tres entradas de la vena umbilical:
los dioses del país reclamarán en palacio. Variante: presagio del rey Ibbisín: perdición.

(De la colección paleobabilónica de presagios hepatoscópicos Yale Babylonian Collection, 4642; Hecker, 1989: 75)

1.2.2.2. Maldiciones, pseudoprofecías y pseudobiografías

Como el recuerdo del pasado no fue nunca en Mesopotamia una cuestión de mera curiosidad, sino siempre un recurso interesado, nacido de la necesidad de dar sentido al presente (Krecher-Müller 1975:15), no hubo reparos en forzar la interpretación de datos acaecidos siglos antes si con ello se conseguía justificar la actualidad. Así, por ejemplo, un poema sumerio del siglo -XXI –la «Maldición de Akkad»– rememoraba la destrucción de la ciudad de Akkad a manos de los invasores guteos, achacando todas las desgracias a un supuesto sacrilegio cometido es su día por el rey acadio Naram-Sin [↑ VI.2.1; VI.2.2.2]: el expolio del Ekur, templo de Enlil –dios supremo de Súmer– en Nippur [↑ Texto 2].

Texto 2:

Naram-Sin desafió la palabra de Enlil,
aplastó a los que se habían sometido al dios,
movilizó sus tropas
como un poderoso acostumbrado a actuar sin miramientos
(...)

Para desguzar el (templo del) Ekur como un barco enorme,
para hacerlo polvo como una montaña minada por (los que buscan) la plata,
para deshacerlo a trozos como una montaña de lapislázuli,
para derrumbarlo como una ciudad devastada por el dios Iškur (: Tormenta),
hizo hachas gigantescas,
(...)

cedros, cipreses, abetos y bojés,
las plantas del jardín, las hizo astillas,
su oro se lo llevó a sacos,
(...)
apiló el cobre del templo en el muelle como montones de grano para la venta,
su plata se la trabajó el platero,
su cobre se lo martilleó el calderero;
no era botín de una ciudad agresora,
pero él amarró barcasas al muelle,
amarró barcasas al muelle de la Casa de Enlil,
y se llevó los bienes de la ciudad
(...)

Los grandes dioses (...) dirigieron sus rostros hacia la ciudad,
maldijeron a la ciudad con una tremenda maldición:

- Ciudad: tú que osaste asaltar el Ekur –Enlil–,
- Akkad: tú que osaste asaltar el Ekur –Enlil–,
- que en tus santas murallas, altaneras, resuena el lamento (...)

(Del poema sumerio «Maldición de Akkad»; Kramer, 1969: 646 ss.)

Hoy sabemos que el poema falsificaba totalmente los acontecimientos históricos; su propósito era legitimar a una dinastía (Ur III) interesada en distanciarse de sus predecesores acadios (Wilcke, 1982: 34). Otros recursos al pasado recorren caminos semejantes: en boca de reyes del pasado se ponían supuestas profecías que confirmaban el presente o se componían biografías ficticias (*narû*) en las que se exhortaba a los gobernantes a actuar según los viejos ejemplos. La necromancia y, en general, el culto a los difuntos, fueron así mismo importantes fuentes de manipulación del pasado. En todos estos casos, la motivación del recurso al pasado es puramente utilitaria, para explicar o justificar el presente.

1.2.2.3. *Épocas internas de la Historia en Mesopotamia*

Esta memoria de largo alcance no produjo nunca, debido a su excesiva carga ideológica, una periodización interna unificada y generalmente aceptada. No hubo «eras» en Mesopotamia hasta los monarcas seléucidas; para poner cierto orden en el discurrir histórico se recurrió, antes de la época mencionada, a un término de traducción difícil, *bala* en sumerio o *palû(m)* en acadio, que parece designar un «período de gobierno», o «dinastía». Se trata de un aspecto típico de la ideología histórica mesopotámica, según la cual los dioses conceden a un gobernante una determinada «porción» de tiempo, transcurrida la cual la autoridad pasa a otro. Su potencial ideológico fue usado ocasionalmente por pretendientes al trono para derribar a los predecesores cuyos *bala* se consideraban concluidos.

Los textos literarios y escolares destilan, además, una distribución en épocas de la memoria histórica más remota, es decir, de los comienzos de la cultura mesopotámica. Estos «períodos» de la memoria erudita son:

- (1) los comienzos de la cultura en Súmer (Eridu);
- (2) el «diluvio»;
- (3) la crisis padecida bajo el pastor Etana;
- (4) la rivalidad entre las ciudades de Kiš y Uruk, que culminó en la lucha entre Akka y Gilgameš, y
- (5) los tiempos de Sargón de Akkad y Naram-Sin.

Se trata de una sucesión de esquemas y arquetipos culturales fundacionales y edades áureas (Sperber, 1955: 49); traducido todo ello a fechas, la historia habría alcanzado su madurez –y su final– ya en el siglo -XXIV, con la Dinastía de Akkad. Esta visión, sin valor historiográfico alguno, muestra, sin embargo, dos aspectos importantes: nos muestra que la civilización mesopotámica tenía una conciencia histórica despierta y, además, que carecía absolutamente de proyectos de mejora a largo plazo. Todo lo esencial estaba ya dicho y hecho prácticamente desde el principio; las tareas de las generaciones sucesivas iban a ser la de conservar esta herencia.

1.2.3. El uso práctico del pasado como garantía del presente: las listas de años y los *limmu*

En la vida social y económica, la domesticación del tiempo es tan necesaria como la del espacio: un campo en venta debe ser localizable con exactitud, y se considera vendido desde una determinada fecha. La cesión de un esclavo tiene lugar en determinada fecha, y cesa en otra. Para evitar reclamaciones, las transferencias de propiedad o usufructo había que realizarlas ante testigos y se solían fijar por escrito. Ante la necesidad de situar estas transacciones en el tiempo con vistas a garantizar su período de validez o su relación con actos legales anteriores o posteriores –p. e. para determinar cuál era el contrato más reciente de una serie de arrendamientos– tuvo que recurrirse al establecimiento de secuencias de años.

Durante la primera mitad del III milenio a.C. se solucionó el problema numerando los años de gobierno del soberano, pero luego se abandonó este sistema, probablemente porque en casos de documentos relativamente antiguos o de inestabilidad política no siempre era factible asegurar el orden de sucesión; en todo caso, la coexistencia de varias ciudades, cada una con sus respectivos gobernantes, obligaba a establecer correlaciones difíciles de controlar. En sustitución de este sistema de cómputo se emplearon dos métodos: los *nombres de año*, en el Sur, y los *años epónimos*, en Asiria.

1.2.3.1. Los nombres de año babilónicos

Para la antigua mentalidad mesopotámica, las cosas no existen mientras no sean palabras. En el Sur, desde mediado el III y con el advenimiento de los primeros ensayos políticos suprarregionales, se sustituyó la numeración de los años por el método de ponerle a cada año, no un número, sino un nombre, como si se tratase de una cosa. El nombre del año consistía en la mención de un acontecimiento importante acaecido el año anterior. Como con ello no se obtenía todavía información alguna sobre la posición relativa de ese año en la secuencia temporal, se procedió a situar cada nombre de año en una lista o «diccionario de *nombres de año*» ordenados cronológicamente: con ello se cumplían las normas básicas de la ciencia mesopotámica –ciencia de listas (Landsberger-Von Soden, 1965: 35 ss.)– y se obtenían además efectos prácticos inmediatos. Los escribas de la corte se encargaban de ir completando año por año tales listas [↑ Texto 3].

Texto 3:

Año 1: «Amarsuena comenzó a reinar».

Año 2: «El rey Amarsuena arrasó la ciudad de Arbil».

Año 3: «El rey Amarsuena hizo el trono del dios Enlil-de-la Alegría».

(...)

Año 8: «Se entronizó a Enungalanna, amada de Amarsuena, como sacerdotisa de la ciudad de Eridu».

(...)

(De la lista de años del rey Amarsuena, Ur III, ca. -2046-2038; Römer, 1985: 338)

Cuando –cosa rara– no ocurría nada digno de mención, el año en cuestión se añadía al nombre del año anterior [↑ Texto 4].

Texto 4:

Año 1: «Se edificó la muralla grande de la ciudad de Isin».

Año 2: «Se destruyó la ciudad de Girtab».

Año 3: «Año que sigue al (año llamado:) «Se destruyó la ciudad de Girtab».

(De la lista de años del rey Išbi-Erra, dinastía I de Isin, ca. -2017-1985; Römer, 1985: 339)

En los documentos se anotaba el nombre del año completo (o ligeramente abreviado), de modo que la datación relativa quedase asegurada [↑ Texto 5].

Texto 5:

2/3 de siclo y 15 granos de plata un total de 5 1/2 siclos de plata:
aportados por Ibni-Marduk, hijo de Marduk-našir,
recibidos por Ibbi-Šamaš.

Mes VII, día 4.

Año: «El rey Ammisaduqa (donó al templo) grandes altares de bronce y un podio de bronce con figuras de montañas».

(Recibo paleobabilónico por la devolución parcial de un préstamo, s. -xvii; Edzard, 1970: 92)

Por las listas de nombres de año sabemos que el nombre del año mencionado en este texto: «El rey Ammisaduqa (donó) grandes altares de bronce y un podio de bronce con figuras de montañas», es el año 14 de este soberano, que comenzó a reinar en -1683: este documento data, por tanto, del año -1669/1668.

Las listas de años abarcan desde la Dinastía de Akkad, en el s. -xxiv, hasta finales de la época babilónica antigua (rey Samsuditana, ca. -1625-1595). Aparte de su valor intrínseco como puntos de referencia para la datación, son importantes para nosotros porque nos ayudan a establecer la cronología relativa de estos períodos; desde el punto de vista historiográfico son poco aprovechables, ya que suelen insistir sobre todo en la edificación o restauración de templos, ofrendas de objetos sagrados o entronización de sacerdotes; menos frecuentes son las alusiones generales a la destrucción de alguna ciudad enemiga.

1.2.3.2. Los años epónimos asirios

En Asiria se procedió de modo diferente: los años llevan nombres de personajes importantes, no de acontecimientos; de ahí su denominación de *años epónimos*. En las primeras épocas asirias, el rey le ponía su nombre al primer año de su reinado; luego, por turno, los altos funcionarios de la corte les iban poniendo a los años sus propios nombres personales; al cabo de un tiempo, el rey podía volver a ponerle su nombre a un año, con lo que se cerraba un ciclo. La designación de estos funcionarios se echaba a suertes, y el designado para nombrar un año era considerado objeto de especial predilección divina. Más tarde, en el I milenio a.C., se establecieron turnos protocolarios, aunque parece que se mantuvo la ficción del sorteo por motivos

ideológicos (Oppenheim, 1977: 99 s.). Tanto el año como el funcionario que le prestaba su nombre recibían la denominación de *limu(m)* o *limmu*. El funcionamiento de los años epónimos corresponde exactamente al de los nombres de año, como se ve por este inventario de una cuadra de época neasiria [↑ Texto 6], datable en los años -663, -662 y -661, respectivamente (reinado de Asurbánipal [↑ VIII.1.1]).

Texto 6:

13 caballos, 1 mula: inventario inicial.

Año epónimo (*limmu*) de Bel-naid.

2 caballos: mes VII.

Año epónimo de Tab-šar-Sîn.

2 caballos: mes I; 6 caballos: mes VII. Total 8.

Año epónimo de Arbailayu.

Total: 23 caballos y 1 mula en esta temporada.

(Inventario neasirio de una cuadra, años -663-661; Fales-Postgate, 1992: 129)

Aunque la práctica de confeccionar listas de años epónimos estuvo ya en uso desde la época asiria antigua (s. -XX), los primeros ejemplares conservados, aunque en estado fragmentario, datan de finales del II milenio a.C. (época asiria media). En el I milenio, para la época neasiria, la lista de años epónimos se conserva prácticamente completa.

Los asirios llevaron el sistema de los años epónimos a los territorios ocupados, en los que, como en Mari, fue usado conjuntamente con los nombres de año de tipo babilónico (Dossin, 1950: 52 ss.). A veces se añadían a los epónimos acotaciones sucintas relativas a catástrofes, guerras –p. e. «(campana) contra Damasco»–, etc., lo que hace de las listas de epónimos fuentes históricas importantes, aunque de alcance más limitado que los nombres de año.

El año fue subdividido en meses, y éstos, en días. Año, mes y día constituyen unidades empíricas del calendario, un ámbito esencial de la metrología mesopotámica [↑ IV.2.2].

1.3. CRONOLOGÍA ABSOLUTA Y PERÍODOS DE LA HISTORIA DEL PRÓXIMO ORIENTE ASIÁTICO

1.3.1. La cronología relativa

La *cronología relativa* ordena los acontecimientos en una secuencia temporal interna y peculiar de una cultura. Así, p. e., la cronología relativa establece, en Mesopotamia, la secuencia de (A) un período en que predomina el uso de la lengua sumeria y el régimen de ciudad estado (períodos protodinásticos), seguido de (B) una etapa caracterizada por un régimen monárquico de carácter suprarregional y con uso de la lengua acadia (dinastía de Akkad), y que, a su vez, (C) fue sucedido por otro régimen monárquico, muy burocratizado y de lengua oficial sumeria (Ur III). Con ello se afirma el orden en que tuvieron lugar estos hechos, pero no cuándo ocurrieron exactamente. La primera aproximación la obtenemos por medio de ciertos sincronismos con las primeras dinastías egipcias, de modo que, aunque seguimos en el terreno de las cronologías relativas, sabemos que los procesos descritos tuvieron

lugar en el III milenio a.C. Los modernos métodos de análisis arqueológico pueden afinar los resultados, sin evitar por ello amplios márgenes de oscilación.

1.3.2. La cronología absoluta

La *cronología absoluta* relaciona los hechos exactamente con nuestro cómputo del tiempo, es decir, con nuestro calendario. Para establecer la cronología absoluta de un acontecimiento o de un período hay que contar con una serie ininterrumpida de datos que puedan conectarse con fenómenos *astronómicos* fechables con exactitud; ello, en historia mesopotámica, no siempre es posible, debido a las lagunas que existen en la documentación.

Por lo que respecta a Asiria, carecemos de datos desde comienzos del s. -XVIII hasta finales del -XV. En Babilonia, el hueco se sitúa entre comienzos del s. -XVI y mediados del s. -XIV, aun aprovechando los sincronismos con Asiria. Tampoco tenemos datos fiables de las épocas anteriores al s. -XXIV. Todo ello constituye lo que en historia mesopotámica se llaman «edades oscuras» (Landsberger, 1954). La situación se agrava debido a la costumbre de las cancillerías y escribas mesopotámicos de colocar en lista secuencial dinastías que en realidad fueron coetáneas.

Todo ello hace que no pueda fijarse con exactitud ninguna fecha anterior al s. -XV, que es cuando comienzan los datos conservados de las listas reales asirias (exactamente con el rey Enlil-našir, en -1430). La historiografía mesopotámica tiene que conformarse con una cronología absoluta algo imprecisa, con fechas casi siempre aproximadas; de ahí el uso casi sistemático de la abreviatura latina *ca.* (*circa* «alrededor de»).

En general puede decirse que todas las fechas anteriores al -1500 admiten variaciones de unos 64 años por abajo o de 56 por arriba, según su relación con ciertas posiciones del planeta Venus que se repiten cada 56 o cada 64 años; se habla, entonces, de cronología «larga» (n años + 56) o «corta» (n años - 64) respecto a una supuesta cronología «media» (n), sobre todo en lo que respecta a la Primera Dinastía de Babilonia [↑ VII.1.1.1]. Así, la fecha del primer año del rey Hammurapi, el más conspicuo representante de la dinastía mencionada, puede ofrecer tres variantes:

Cronología *media*: -1792.

Cronología *corta*: -1728 (- 64).

Cronología *larga*: -1848 (+ 56).

Las fechas entre -1500 y *ca.* -950 podrían oscilar en casos excepcionales un máximo de 20 años. A partir de mediados del s. -X no son previsibles errores de más de un año o dos, gracias al eclipse del 15 de junio de 763, ocurrido durante el año epónimo de un tal Bursagale, lo que permite ascender por la lista asiria de epónimos hasta el -931.

Por motivos de comodidad se ha elegido aquí la cronología *media*; en la mayoría de los casos, sin embargo, las fechas van suavizadas con el mencionado prefijo *ca.*

1.3.3. Períodos

La historia antigua del Próximo Oriente –y la de la humanidad– comienza a finales del IV milenio a.C., con la aparición de los primeros documentos escritos

[↑ V.2]; nótese que comienzo de la historia no quiere decir comienzo de la cultura, ya que hubo épocas culturalmente espléndidas antes de que se recurriera a la comunicación escrita en su sentido más estricto [↑ IV.3.2; V.1.2]. En cuanto al final de esta historia, la crisis definitiva se sitúa a finales del s. -IV con los monarcas seléucidas [↑ IX.1.2], aunque la pérdida de vitalidad había comenzado ya tres o cuatro siglos antes; el síntoma más claro de disolución cultural puede datarse en el -312, cuando la capitalidad pasa de la vieja Babilonia a la vecina y nueva Seleucia. No obstante, ciertas estructuras culturales, desde luego no las más características, permanecen vivas en un largo epílogo que perdura hasta *ca.* +650, época de la conquista árabe e islamización de Siria y de Irak.

Esta larguísima historia de tres mil años, o de casi cuatro mil si contamos sus largos epílogos, no fue una línea continua ni uniforme. Aunque las constantes culturales esenciales permanecieron relativamente inmóviles, a lo largo de los siglos se fueron produciendo cambios profundos en todos los planos. Unas lenguas murieron y otras ocuparon su lugar; se alternaron diversas concepciones del estado, como asambleas de jeques y centralismos burocráticos; nuevas poblaciones se integraron de forma más o menos violenta en las ya asentadas desde milenios, aportando nuevas ideas sin remover las viejas.

Todo ello ha de ser ordenado para que tenga sentido: ésta es la misión de la Historia. Para ello, se analizan ciertas estructuras (socio-políticas, ideológicas, económicas, etc.) y se estudia el modo en que tales estructuras se van articulando entre sí en el transcurso de esta larga historia. Se constatan así, a lo largo de la pura secuencia temporal, una serie de unidades menores o ciclos históricos, dotados, cada uno de ellos, de su sentido peculiar.

Tales *períodos* –o *ciclos*– pueden considerarse desde dos puntos de vista:

- (a) el estrictamente *cultural*, con ciclos más largos, que atiende a la evolución de las constantes simbólicas básicas (estructuras sociales, religiosas, lingüísticas), y
- (b) el propiamente *político* (alternancia y sucesión de regímenes, dinastías y soberanos).

Desde el punto de vista (a) de la *evolución cultural*, hay que señalar en la historia de Mesopotamia y sus áreas de influencia tres macroperíodos, o fases:

- *Fase I:*
Simbiosis cultural sumero-semita, o Clasicismos de Eridu y Kiš;
- *Fase II:*
El Neoclasicismo babilónico;
- *Fase III:*
Epílogos.

Cada una de estas tres grandes fases culturales fue vivida desde diferentes perspectivas, concretándose históricamente de modos diversos; se constatan así, en el seno de cada fase, ciertos estilos de vida distintos, cuyos síntomas más claros los proporcionan los accidentes políticos: cambios de régimen, dinastías, modos de concebir la convivencia social, modelos económicos, etc.

Además, la *Fase I* fue precedida por varios siglos de ensayos durante los que comenzaron a madurar la mayoría de los sistemas culturales; tres siglos de este período germinal caen ya dentro de los períodos cubiertos de manera más o menos somera por la documentación escrita, y los llamamos *Protohistoria*. La conjunción de los grandes criterios culturales envolventes que dan origen a las fases y de los criterios menores extraídos de los cambios políticos que ocurren en el seno de cada una de las fases da origen a esta periodización compleja:

La *Protohistoria*.

Del s. -XXXIII al XXIX: Se forman las primeras grandes urbes mesopotámicas y se alcanza el primer clímax cultural. Está caracterizada por la aparición de los primeros documentos escritos, los llamados *textos arcaicos de Uruk*. El régimen político dominante es la ciudad estado con democracia primitiva [↑ V.2; V.3; V.4].

La *Fase cultural I: Simbiosis cultural sumero-semita, o Clasicismos de Eridu y Kiš*,

Constituye el período fundacional, creativo, durante el cual cuajan definitivamente las constantes culturales características, o clásicas, de la sociedad mesopotámica: el urbanismo, la escritura, el culto, el entramado –no estratificación– social, las instituciones de gobierno, etc. Abarca desde finales del IV milenio a.C. hasta ca. el -2000 [↑ VI.1; VI.2].

En este proceso de formación, las bases las pusieron, al sur, hablantes de lengua sumeria que dominaban política y quizá también demográficamente en las ciudades estado de Eridu –la primera ciudad mencionada en la «Lista Real sumeria» [↑ Texto 7]–, Ur [↑ VI.1.1], Larsa, Uruk, Girsu, Umma, etc. Luego, a comienzos del III milenio, participó en este proceso fundacional otra constelación de ciudades estado situadas inmediatamente al norte de las viejas ciudades sumerias, con una clara participación de hablantes de lengua semítica (acadios). Desde el principio nos encontramos ante una auténtica *simbiosis cultural*, un modelo social maduro que aglutina a hablantes de diferentes lenguas, con un alto porcentaje de población bilingüe.

Las ciudades en que este modelo cuaja definitivamente se llaman Šuruppak, Nippur, Adab, etc., y, sobre todo Kiš, la ciudad en que –de nuevo según la «Lista Real sumeria» [↑ Texto 7]– se reanudó la historia tras la crisis del «diluvio». En la Lista Real sumeria resuena todavía con claridad la convicción de que el proceso cultural subió desde Súmer valle arriba hacia el norte acadio (Babilonia) [↑ I.4.2.2: A.1]:

Texto 7:

Cuando la realeza hubo bajado del cielo,
se quedó la realeza en Eridu.

(...)

El diluvio pasó por encima de todo. Una vez que el diluvio hubo pasado por encima de todo,

la realeza –una vez que la realeza hubo bajado del cielo– se quedó en Kiš.

(...)

(De la «Lista Real sumeria», I 1.40-42; Borger, 1985: 330)

Debido a papel arquetípico ejercido por estas dos ciudades ya en la misma antigüedad mesopotámica, denominamos también a este período el de los *Clasicismos de Eridu y Kiš*.

Políticamente, esta fase I se distribuye en dos grandes épocas:

- I/A. Los tres períodos *Protodinásticos*, dominados por el régimen de las *ciudades estado*, a menudo rivales entre sí [↑ VI.1]. En la segunda mitad del III milenio, este modelo político fraccionado va dando paso a otra época caracterizada por diversos intentos de crear estados territoriales extensos.
- I/B. La crisis de la ciudad estado y los dos diversos ensayos del *estado territorial* a cargo, respectivamente, de la *dinastía semita de Akkad* (desde -2334 [↑ VI.2.1]), y la *dinastía «neosumeria» III de Ur* [↑ VI.2.2]. La clásica *Fase I* termina con la reestructuración de los sistemas políticos impuesta por la *cesura amorrea* [↑ VI.2.3].

La *Fase cultural II: El Neoclasicismo babilónico*.

La vieja cultura, que había entrado en crisis definitivamente en torno al -2000, recibió una fuerte sacudida por parte de macrofamilias y clanes de pastores procedentes, en su mayoría, de las estepas occidentales sirias, aunque también presionaban desde las montañas y mesetas orientales. Unos y otros, designados con el nombre común de *amurrû* (amorreos), consiguieron acceder a la larga o la corta al poder, instaurando por doquier nuevas dinastías. Con ellos llegaba un aire nuevo, aunque, una vez instalados, estos dinastas copiaron a la perfección la imagen de los del III milenio a.C., a quienes sustituían; de ahí la denominación de *Neoclasicismo*. Es más, una de estas nuevas dinastías amorreas, la que ocupó Babilonia –por entonces una aldea insignificante vecina de la vieja urbe de Kiš– consiguió cortar los patrones de lo que, en los dos milenios sucesivos, se llamará *cultura babilónica*.

En esta época, sobre el -2000, dejó de hablarse definitivamente la vieja lengua sumeria, que pervivió sólo como lengua escrita en el seno de círculos científicos, religiosos y escolares. Desde entonces, el vehículo lingüístico interregional iba a ser una lengua semítica, el acadio, que en realidad no era sino un destilado artificial del dialecto babilónico local; en la vida privada seguirían hablándose, tanto en las áreas centrales babilónicas o asirias como en las sirias, al oeste, y en los valles iraníes del este, los diferentes dialectos semíticos autóctonos y otras lenguas, como el hurrita y el elamita.

La combinación de criterios culturales, lingüísticos y políticos aconseja dividir esta *Fase II* en dos épocas:

- II/A. La época *paleosemítica*, durante el II milenio a.C., en que culturalmente domina *Babilonia* y en la que la lengua acadia alcanza su forma clásica. Se lleva a cabo la aculturación definitiva de los clanes seminómadas amorreos; desaparece el sumerio como lengua viva, sustituido por la lengua acadia en su período clásico. Las estructuras estatales ofrecen una fuerte componente clánica; los estados son de tipo territorial pero están geográ-

ficamente muy *fragmentados*. Se produce una fuerte aculturación mesopotámica de la periferia elamita, hurrita e hitita, y se anuncian los primeros conflictos con Egipto [↑ VII.1; VII.2; VII.3].

- II/B. La época *semítica media*, en la primera mitad del I milenio a.C., caracterizada por la irrupción lingüística de dialectos semíticos medios (arameos). La política internacional está condicionada por las ideologías imperialistas de Asiria y, luego, Babilonia, creadoras de *grandes estados suprarregionales*. Culturalmente siguen dominando los patrones babilónicos, que consiguen integrar a los arameos y, luego, a los persas aqueménidas [↑ VIII.1; VIII.2].

La Fase cultural III: Epílogos.

A estas dos grandes fases les suceden una serie de epílogos, durante los cuales la cultura babilónica, que todavía incide poderosamente sobre los conquistadores persas y luego macedonios, comienza a perder fuerza. Los síntomas lingüísticos son claros: el acadio deja de ser la lengua hablada y es sustituida por los dialectos arameos y el griego común helenístico (*koiné*).

Políticamente se distinguen:

- III/A. La época *helenística*, del s. -IV al -I, caracterizada por la simbiosis helenístico-babilónica vigente bajo los reyes macedonios y seléucidas. Se anuncian los primeros conflictos con los clanes iraníes (partos). En el último tercio del I milenio a.C., la total diglosia greco-araméa puede ser considerada sintomática de las coordenadas culturales vigentes [↑ IX.1].
- III/B. El epílogo final *iranio-parto*, del s. -I al +VII: «Siria» es provincia romana y, luego, bizantina. En el Irán reinan dinastías partas y sasánidas que siguen proyectando su sombra sobre Mesopotamia [↑ IX.2].

A estos epílogos les sigue la que podríamos denominar época *neo-semítica*, es decir, la árabe (o islámica) desde el s. +VII, que cae ya fuera de nuestro marco.

1.4. FUENTES DE LA HISTORIA DEL PRÓXIMO ORIENTE

La civilización mesopotámica, como la egipcia y a diferencia de la china o la india, no ha sobrevivido hasta nuestros días; es algo que hemos de reconstruir enteramente a partir de los hallazgos de las excavaciones.

1.4.1. La recuperación moderna del Próximo Oriente antiguo

En plena Edad Media, a finales del s. XII, los rabinos Benjamín de Tudela y Petajías de Ratisbona habían visitado Mosul y Nínive, pero sus relatos no dejaron apenas huella en la conciencia cultural de la Europa medieval. Más tarde, en 1616, el italiano Pietro della Valle volvió a Nínive y visitó Babilonia, y realizó las primeras copias de ladrillos inscritos con signos que Th. Hyde, en su *Historia religionis veterum Persarum (...)*, publicada en 1700, calificó de «piramidales, o en forma de cuña» (*pyramidales seu cuneiformes*).

En el s. XVIII, otros viajeros se aventuraron en lo que hoy es Irak, por entonces una de las regiones más recónditas del Imperio otomano. El danés C. Niebuhr se

adentró en Irán y llegó a Persépolis (1778), donde realizó una serie de copias de las inscripciones que acompañaban los bajorrelieves de los complejos palaciales. A comienzos del s. XIX, las academias europeas disponían de excelentes copias de diversas inscripciones trilingües persas.

Estas copias fueron estudiadas sistemáticamente por G. F. Grotefeld, en Göttingen, y el irlandés E. Hinck, los cuales se dieron pronto cuenta de que (a) las inscripciones eran de época aqueménida, y de que (b) una de las lenguas era el persa antiguo. En 1803 consiguieron identificar algunos grafemas del signario persa, relativamente más elemental; los resultados fueron considerablemente mejorados por H. C. Rawlinson, que trabajó sobre el texto trilingüe de Darío I (Behistun [↑ I.4.2.1: A; ↑ VIII.1.3.2; ↑ Texto 9]) entre 1835 y 1847. En 1857, E. Hincks, H. C. Rawlinson, J. Oppert y H. F. Talbot compitieron por leer y traducir cada uno por su cuenta un texto acadio, el prisma octogonal con los anales de Tiglatpileser I [↑ VII.1.2.3], consiguiendo resultados prácticamente idénticos: la vía para el desciframiento de ulteriores textos estaba libre (Friedrich, 1966; Bottéro, 1987: 75 ss.).

Mientras tanto, la curiosidad iba en aumento, espoleada por la prensa de la época, ávida de novedades procedentes de Oriente. En 1848 se realizaron las primeras expediciones francesas e inglesas al norte de Irak. En Hirsabad, E. Botta y V. Place excaravon la ruinas de Dur Šarrukin, la capital levantada por Sargón II de Asiria a finales del s. -VIII. A partir de 1845, los ingleses excavaron la antiguas ciudades de Kalah, Nínive y Asur; en 1854, Rassam encontró en Nínive la gran biblioteca del rey Asurbánipal (s. -VII), que sigue siendo la mayor colección de literatura acadia excavada hasta la actualidad [↑ VIII.1.1]. El hecho de que las excavaciones se concentraran en Asiria fue la causa de que se denominara «Asiriología» a la ciencia histórica que se ocupa en general de la cultura mesopotámica y de sus áreas de influencia. En el sur, los trabajos arqueológicos sistemáticos los comenzaron los franceses, en 1877, en Tello, la antigua Girsu (no Lagaš, como se creyó durante mucho tiempo), lo que permitió conocer la cultura del III milenio a.C. El alemán W. Koldewey llevó la dirección de las excavaciones alemanas de Babilona desde 1899. Muy importantes fueron siempre las expediciones norteamericanas, que desde 1888 excavaron Nippur, uno de los centros de la cultura literaria sumeria. Ur fue excavada desde 1918 por el británico Woolley; en Uruk, los alemanes reanudaron en 1928 los trabajos que había interrumpido la Primera Guerra Mundial. La regiones orientales limítrofes del Irak (: el viejo Elam) fueron incluidas en las camapañas de excavaciones francesas desde 1884; en este contexto, la primera ciudad estudiada fue Susa. El cuadro estaba, si no completo, al menos esbozado.

Tras la Primera Guerra, el interés se extendió a las culturas del área de influencia mesopotámica. Desde 1925, las excavaciones norteamericanas en Nuzi, en la cuenca alta del Tigris, revelaron la existencia de una importante ciudad hurromitánica del s. -XV [↑ VII.2.2]. Los franceses, dirigidos por Parrot, descubrieron Mari en 1933, con lo que se tuvo acceso a las culturas del Éufrates de los milenios III y II. Unos años antes, en 1928, Schaeffer había descubierto en la costa siria la antigua ciudad de Ugarit, un importante nudo de comunicaciones entre el Mediterráneo y el mundo siro-mesopotámico durante todo el II milenio. Se vio así que Siria, lejos de ser una provincia apartada dominada por seminómadas esteparios, consti-

tuía un ámbito cultural de primerísimo orden, partícipe pleno de las viejas culturas sumero-acadias y transmisor de las mismas. Cuando en 1975 los italianos descubrieron miles de tablillas cuneiformes en Ebla, esta convicción, que ya era válida para el II milenio desde los hallazgos de Mari y Ugarit, hubo que extenderla a la Siria del III milenio a.C. [↑ V.4.3].

En Anatolia, el alemán K. Bittel excavó sistemáticamente desde 1931 la antigua ciudad de Hattuša, capital del reino hitita, cuyos restos revelaron una fecundísima cultura híbrida de elementos indoeuropeos y mesopotámicos (Hrouda, 1971: 14 ss.; [↑ VII.2]).

El final de la Segunda Guerra Mundial multiplicó el número de excavaciones, en las que actualmente participa la práctica totalidad de las naciones europeas, EE.UU., Canadá, Australia, Japón, Turquía, Siria e Irak. Entidades y organismos supranacionales como la UNESCO y la Unión Europea patrocinan también trabajos de campo en el Próximo Oriente.

1.4.2. Fuentes internas

El resultado más llamativo de las excavaciones lo han constituido centenares de miles de textos cuneiformes de todo tipo: son fuentes *internas*, frente a informaciones que pueden provenir de fuera —como la Biblia y los autores clásicos [↑ I.3.3]— o *fuentes externas*.

El grupo de textos literarios más importante en lengua acadia proviene de la mencionada biblioteca de Asurbánipal, excavada en Nínive. Las excavaciones llevadas a cabo en Tello —la antigua Girsu— y en Nippur sacaron a la luz los núcleos más importantes de la civilización sumeria. G. Smith descubrió en 1872 la tablilla XI de la «Epopéya de Gilgameš»; las excavaciones francesas en Susa, Elam, dieron con la estela de Hammurapi (el llamado «Código de Hammurapi»). Al interrumpirse las excavaciones sistemáticas debido al estallido de la Primera Guerra Mundial, se habían identificado ya los yacimientos de Babilonia, Sippar, Borsipa, Kisurra, Šurruk, Adad y Kiš, que habían proporcionado decenas de miles de tablillas. Mediante las excavaciones llevadas a cabo en el período de entreguerras fuera del ámbito estrictamente mesopotámico, pero en zonas bajo su influjo cultural directo (Siria y Anatolia), nuestro conocimiento del mapa lingüístico mesopotámico, hasta entonces reducido básicamente al binomio sumero-acadio, se vio enriquecido con el descubrimiento de nuevas lenguas, como el amorreo, ugarítico, hitita, hurrita y urarteo [↑ Figura 3]. El período que siguió a la Segunda Guerra Mundial se ha caracterizado, sobre todo, por los trabajos de digestión filológica, lingüística, histórica y antropológica de los datos. Es imposible calcular actualmente el volumen epigráfico cuneiforme que está a nuestra disposición; las bases de datos van acumulando textos y los listados superan, sumados, el medio millón de documentos, en su mayor parte esperando en los almacenes de los museos a que se complete su lectura y estudio. El número va en aumento con cada nueva excavación.

Todo escrito es un texto histórico, puesto que fue redactado en unas determinadas coordenadas espaciales y temporales; indirectamente, por tanto, cualquier documento nos proporciona una serie de informaciones sobre la época y circunstancias en que fue compuesto, y sirve de fuente histórica incluso prescindiendo del

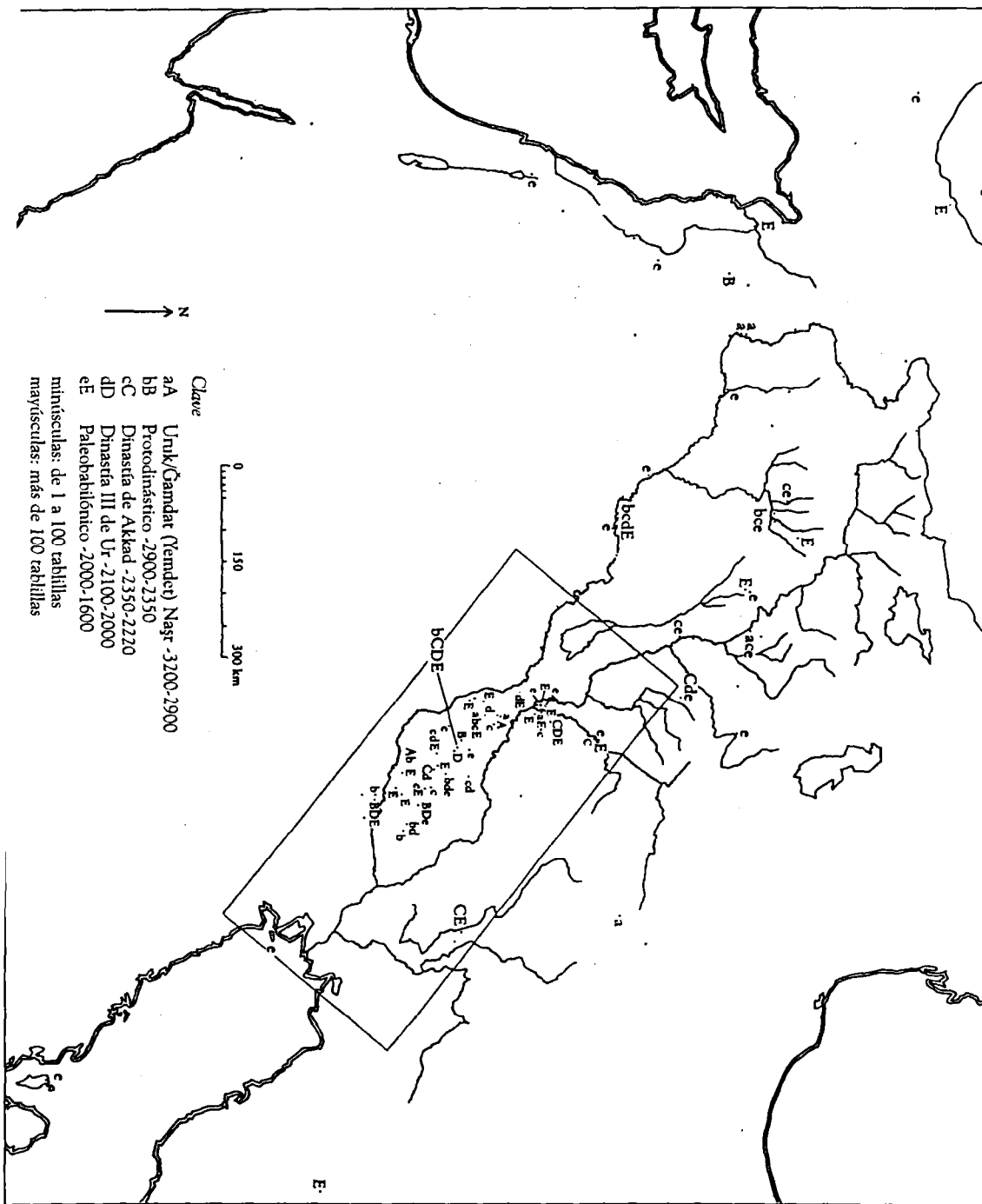


Figura 3. Localización de los principales archivos cuneiformes entre -3200 y -1500 (Postgate, 1994: 47)

contenido: por ejemplo, las cartas comerciales, los textos legales, las anotaciones administrativas privadas y las cuentas de palacio. En sentido estricto, sin embargo, se consideran fuentes documentales históricas las que fueron redactadas con la pretensión de recoger y conservar información, para transmitirla a futuros lectores. Estos documentos son textos *historiográficos*.

Los textos historiográficos, como todos los textos, son también frutos de un acto de voluntad. Ni todo lo que ocurría se escribió, ni todo lo que se escribió ocurrió realmente, o del modo como se nos cuenta. Los textos historiográficos mesopotámicos no son productos espontáneos del pasado, ni fueron redactados por motivos puramente «arqueológicos», para que nosotros tuviéramos noticias de los hechos narrados en ellos; por lo general están al servicio de determinados intereses políticos del momento y se redactaron bajo fuertes presiones ideológicas, no siempre conscientes. Por todo ello, la principal tarea del historiador no consiste en filtrar las informaciones y separar las verdaderas de las falsas, sino en descubrir los mecanismos mentales y las ideologías motrices de los textos, para acceder así a los esquemas simbólicos que rigen en la sociedad que los produjo.

Los textos historiográficos pueden clasificarse en tres grandes géneros: las *inscripciones reales*, los *textos cronográficos* y los *textos literarios* de carácter histórico (Krecher-Müller, 1975; Grayson, 1981; Wilcke, 1982).

1.4.2.1. Inscripciones reales

Son documentos redactados por voluntad del rey y explícitamente destinados a perpetuar su memoria (Sollberger-Kupper, 1971; Edzard, 1983; Renger, 1983). En sus formas más generales están presentes tanto en la tradición sumeria como en la acadia y abarcan desde la época protodinástica hasta la época persa.

Estrictamente hablando, las inscripciones reales pueden dividirse en varios subgéneros: (A) inscripciones conmemorativas; (B) etiquetas; (C) inscripciones votivas, y (D) cartas a un dios.

A. Inscripciones conmemorativas

Se denominan así porque su finalidad es conmemorar una actuación del rey; normalmente la construcción de un edificio, frecuentemente un templo, o una acción militar con final victorioso. Están grabadas o escritas sobre los soportes más diversos, siendo los más frecuentes los de arcilla (*tablillas, prismas, cilindros, conos y ladrillos*), piedra (*estelas y lápidas*), paredes de roca u objetos preciosos [↑ Texto 8].

Texto 8:

Para el dios An, rey de todo el país, y la diosa Inanna, reina de las diosas.
Lugal-tar-si, rey de Kiš, ha construido la muralla del atrio.

(Inscripción votiva sumeria sobre lapislázuli, Kiš ca. -2460; Sollberger-Kupper, 1971: 40)

Aunque ya tardía, es muy célebre la inscripción de Behistun del rey persa Darío I (-521-486), inscrita sobre roca en tres lenguas: persa antiguo, elamita y acadio. Se trata de la inscripción más importante de la antigüedad preclásica de

Asia: su carácter trilingüe hizo posible –a partir de la versión persa– el desciframiento de la escritura cuneiforme y, con ello, el conocimiento histórico del Oriente Antiguo. La clave del desciframiento –el nombre del rey persa *Dāraya-vahuš* («Darío» [↑ I.4.1; VIII.1.3.2-4])– estaba ya en las líneas introductorias de la inscripción [↑ Texto 9].

Texto 9:

Yo soy Darío, el Gran Rey, Rey de reyes, Rey de Persia, Rey de los países, hijo de Histaspes, nieto de Arsames, un aqueménida.

(...)

Así dice Darío, el Rey:

Éstos son los países que me han tocado;

por voluntad de Ahura-Mazda, yo he sido su rey:

Persia, Elam, Babilonia, Siria, Arabia, Egipto, los habitantes del Mar, Sardes, Jonia, Media, Armenia, Capadocia, Partia, Dranguiana, Areya, Horasmia, Bactria, Sogdia, Gandhara, Escitia, Sattaguidia, Arahosia, Maca; 23 países en total.

(...)

(Inscripción de Behistun, Darío I, -519; Borger-Hinz, 1985)

Historiográficamente muy importante es la *variante asiria* de este género de inscripciones conmemorativas. En estos ejemplares se incluyen relatos a veces muy detallados de campañas militares, redactados en forma autobiográfica y en orden cronológico: son los así llamados «anales asirios». Constituyen una información valiosísima para las etapas finales de la época asiria media [↑ VII.1.2.3] y toda la época neoasiria [VIII.1.1].

B. Etiquetas

Se les da el nombre de *etiquetas* (inglés: *labels*) a ciertas inscripciones muy breves que suelen ser de marcas de propiedad. Su soporte es de lo más variado: anillos, cetros, todo tipo de armas reales, etc., siendo muy frecuentes las grabadas sobre vasijas y ladrillos. Su texto se limita a dar el nombre del rey y, a veces, algunos de sus títulos.

C. Inscripciones votivas

Son textos grabados sobre objetos ofrecidos a la divinidad. Se trata casi siempre de objetos de naturaleza cultural, como estatuas o vasijas, de armas o joyas (cuentas de piedras preciosas); frecuentemente los soportes de estas inscripciones votivas forman parte de la estructura de un templo: ladrillos, dinteles, etc. Algunas inscripciones son muy elementales [↑ Texto 10].

Texto 10:

Šar-kali-šarri, rey de Akkad, la ha ofrecido al dios Šamaš en Sippar.

(Inscripción votiva paleoacadia en una maza, siglos -XXIII/XXII; Sollberger-Kupper, 1971: 112)

Otras, mucho más elaboradas, tienen varios centenares de líneas y contienen información mucho más rica. Tal es el caso, por ejemplo, de la inscripción de un

soberano sumerio de Lagaš, del s.- XXIV, en la que se menciona un conflicto entre esta ciudad y la población de la vecina Umma por cuestión de fronteras. Con este motivo, la inscripción hace un repaso de las rencillas pasadas y describe los encuentros armados entre ambos jefes; sólo se mencionan, sin embargo, las victorias del bando propio [↑ Texto 11].

Texto 11:

(...)

Enanatuma, el soberano de Lagaš, se midió con él en singular combate en el campo Ugiga, terreno del dios Ningirsu.

Entemema, el hijo preferido de Enanatuma, lo derrotó.

Ur-Lumma se escapó; en la misma Umma lo mató Entemema.

A su tropa de 60 hombres ya la había abandonado a orillas del canal Lumma-Gir-Nunta; había abandonado ya en la llanura los esqueletos de sus hombres: en cinco sitios distintos tuvo que amontonar los túmulos Entemema (...)

(Inscripción sumeria de la ciudad de Lagaš, s.- XXIV; Sollberger-Kupper, 1971: 72)

D. Cartas al dios

Las cartas al dios son un género típicamente *asirio*, aunque con raíces en la costumbre general mesopotámica –atestiguada por viejos ejemplares sumerios y acadios– de escribir a las divinidades para pedirles favores, o por otros motivos. El ejemplar más importante en el género historiográfico es la carta de Sargón II (-722-705; [↑ VIII.1.1]) al dios Asur, en la que el rey le rinde cuentas de una campaña victoriosa (Grayson, 1981: 157 s.).

1.4.2.2. Textos cronográficos

Son textos que presentan acontecimientos del pasado ordenados en series secuenciales. Los subgéneros mayores son (A) las *listas de reyes* y (B) las *crónicas*. Estos dos subgéneros se entremezclan muy frecuentemente dentro de un mismo documento.

A. Listas de reyes

Una *lista real* es un simple elenco de nombres de reyes, al que se pueden añadir otros detalles, como los años de sus reinados y su filiación. Entre los representantes más conspicuos de este subgénero, abundantemente documentado (Edzard, 1983a; Grayson, 1981: 171 ss.; 1983), se encuentran (1) la *Lista Real sumeria*, (2) la *Lista Real asiria* y (3) la así llamada *Lista Sincrónica*.

(1) La *Lista Real sumeria* es una composición de finales del s. -XX, redactada en la ciudad estado de Isin. Consiste en un largo listado de los soberanos mesopotámicos ordenados por dinastías. Éstas se colocan siempre una detrás de otra, aunque es historiográficamente evidente que gobernaron simultáneamente en las diferentes ciudades estado. La idea rectora del esquema es probar que no hubo nunca en Babilonia más que un gobierno, y que en ese momento le tocaba gobernar precisamente a la ciudad de Isin. Los datos, por lo general, se reducen a mencionar las ciudades que fueron sedes de una dinastía y sus soberanos respectivos, indicando

los años de reinado de cada uno. El comienzo de la Lista coincide con el comienzo mismo de la historia, cuando la institución real, de origen divino, bajó a la primera ciudad digna de tal nombre: Eridu [↑ Texto 12]:

Texto 12:

Cuando la realeza hubo bajado del cielo, se quedó la realeza en Eridu.

En Eridu, el rey fue Alulim: reinó 28.800 años. Alagar reinó 36.000 años.

Dos reyes que reinaron allí 64.800 años.

Eridu se arruinó.

Su realeza fue llevada a Badtibira.

En Badtibira reinó Enmeluanna 43.200 años.

Enmengalanna reinó 28.800 años.

Dumuzi, el Pastor, reinó 36.000 años.

Tres reyes reinaron allí 108.000 años.

Badtibira se arruinó.

Su realeza fue llevada a Larak.

En Larak reinó Ensipazianna 28.800 años.

(...)

(De la «Lista Real sumeria», I, 1-21; Römer, 1985: 330)

Tras la quinta mudanza sobreviene –sin motivo alguno– el diluvio; cuando la realeza vuelve a bajar del cielo, la ciudad destinataria es la célebre Kiš, que se convierte así en heredera de la vieja urbe Eridu. La Lista se acerca poco a poco a la historia: los años de los reinados ya no se cuentan por decenas de miles, sino sólo por centenares, y los nombres de muchos soberanos son históricamente controlables desde otras fuentes. El esquema prosigue impertérrito listando nombre tras nombre y contando sus años, con cifras cada vez más plausibles. Los cambios de dinastía se enuncian invariablemente con la fórmula:

(Tal lugar) fue derrotado por la armas;
su realeza fue llevada a (tal otro).

hasta que le toca el turno definitivamente a la ciudad de Isin.

(2) La *Lista Real asiria* es un listado de 109 reyes. Comienza en las épocas más remotas, con nombres de reyes ancestrales que, en los resúmenes o sumarios intercalados, se describen como pastores seminómadas o, a lo sumo, como monarcas de los que sólo se conoce su secuencia dinástica [↑ Texto 13]:

Texto 13:

I Tudiya

(...)

XVI Ušpia

XVII Apiašal:

(en total:) 17 reyes que vivían en tiendas.

XXVI Aminu, hijo de Ilu-Kabkabi

XXV Ilu-Kabkabi, hijo de Yaškur-El

(...)

XVIII Hale, hijo de Apiašal
XVII Apiašal, hijo de Ušpia:
(en total:) 10 reyes cuyos padres conocemos

(De la «Lista Real asiria»; Grayson, 1972: 1, 4; 1983: 101 ss.)

Esta lista de reyes asirios llega hasta el reinado de Salmanasar V (-726-722). Está dividida en varias secciones separadas por líneas horizontales; por lo general, cada sección, a excepción de la primera, contiene el nombre de un rey, su filiación y la duración de su reinado. Aparte los primeros reyes, de los que, por falta de datos, se dan sólo sus nombres, la lista es relativamente fiable y proporciona un excelente marco para la datación. La primera redacción es de la época de Šamši-Adad I (-1813-1781; [↑ VII.1.2.1]), que mandó componerla para justificar su subida al trono asirio emparentándose ficticiamente con los viejos reyes asirios, ya que él era en realidad un jeque de extracción amorrea (Kraus, 1965).

(3) La *Lista Sincrónica* es un listado de reyes asirios a los que se yuxtaponen los nombres de los reyes babilónicos coetáneos. Va separada también por líneas, con dos nombres en cada una, y los títulos «rey de Asiria» y «rey de Babilonia». Arranca a principios del II milenio a.C. y llega hasta Asurbánipal (-688-627), fecha también de su redacción (Grayson, 1983: 117). Los motivos de la lista no son puramente historiográficos: el documento trata probablemente de defender la tesis de que Asiria y Babilonia eran dos entidades políticas bien diferenciadas y tenían destinos distintos. La redacción coincide con el ocaso rápido del imperio neoasirio y el resurgimiento político babilónico de la dinastía caldea; en la lista se refleja el temor asirio a una anexión por parte de Babilonia [↑ VIII.1.2.2].

B. Crónicas

Están relacionadas con el género de las listas, diferenciándose de ellas por incluir secciones narrativas más o menos extensas. Se han conservado algunos fragmentos relativos a la época asiria media (siglos -XIV-XII); otros textos tratan de épocas más recientes, del I milenio a.C. Entre las crónicas más importantes hay que mencionar (1) la *Crónica Weidner*, (2) la serie de *Crónicas Babilónicas* y (3) la *Crónica Dinástica*.

(1) La *Crónica Weidner*—por el nombre de su primer editor— es sumamente importante como fuente histórica para el III milenio a.C. Arranca en la primera mitad del III milenio, con el semilegendario rey Agga de Kiš—adversario de Gilgameš en un viejo poema épico sumerio—; el último nombre mencionado es el del rey Šulgi (-2094-2047), de la dinastía III de Ur. Su interés se centra en Babilonia y en Marduk, su dios nacional. Se trata en realidad de una composición tendenciosa que explica el éxito o fracaso de los reyes según la conducta observada por cada uno de ellos en relación con el culto de Marduk y el cuidado de su templo, el Esagila babilónico. Contenía una introducción mitológica, hoy en parte perdida, en la que se narraba una lucha entre dioses y, probablemente, la construcción del mencionado templo Esagila. La secuencia de reyes que ofrece esta crónica es artificial en muchos puntos.

(2) De la serie de *Crónicas Babilónicas* se han conservado quince tablillas; en su estado original cubría el período que media entre el rey babilonio Nabu-našir (-747-734) y el año II de Seleuco III (-224); ello indica que los cambios de dinastía no se consideraban signo de ruptura cultural. Sin embargo, se constatan ciertas diferencias de estilo a partir del -539, fecha de la captura de Babilonia por los persas, tiene

por tema las personas y hechos de los reyes babilónicos, todo ello relatado en un estilo lacónico y objetivo. Presentan estos textos cierto parecido con las secciones narrativas de las inscripciones reales asirias, los llamados *anales* [↑ I.4.2.1: A]. Por lo general, los textos de esta serie pecan por defecto: lejos de arriesgarse a interpretar o explicar los acontecimientos, se limitan a hacer una lista de ellos como una serie de fichas de archivo.

(3) El estilo de la *Crónica Dinástica* se inspira muy de cerca en la *Lista Real sumeria*, aunque amplía algunos detalles, como el diluvio; a veces se añaden datos inesperados, como los lugares de enterramiento de ciertos reyes. Abarca desde las épocas antediluvianas hasta el s. -VIII, y está escrita en una mezcla de sumerio y acadio. Las fechas que cita son a menudo inexactas, pero el listado de los reyes es fiable. También se inspira estilísticamente en la *Lista Real sumeria* la tardía *Lista de Reyes helenísticos*, que abarca desde Alejandro III Magno hasta el rey arsácida Demetrio II (-125; [↑ IX.2.1]): otra señal de continuismo cultural.

I.4.2.3. Textos literarios de carácter histórico

En la mayoría de los relatos literarios mesopotámicos suelen abundar los motivos míticos o sobrenaturales; hay, sin embargo, algunos que centran su atención en acontecimientos más mundanos, de carácter –por decirlo así– histórico. Aunque son de difícil manejo como fuentes históricas, debido precisamente a su carácter marcadamente literario, son imprescindibles para comprender los mecanismos narrativos de su autores y su concepto de lo históricamente acontecido; por supuesto, pueden suministrarnos abundantes detalles sobre el pasado. Hay que mencionar los géneros de (A) la *profecía*; (B) los *poemas épicos*, y (C) los *relatos pseudoautobiográficos*.

A. Profecías

Por profecías se entienden, en este contexto, *vaticinia ex eventu*: textos atribuidos a un soberano del pasado que podía predecir el futuro; un futuro que, evidentemente, había tenido ya lugar antes de que la profecía se redactase realmente. Así, por ejemplo, en cierta composición se pusieron en boca de Šulgi, que reinó en Ur a finales del III milenio a.C., «profecías» sobre acontecimientos que habían ocurrido cientos de años antes de que estas profecías se escribieran en torno al s. -XII. En otros casos, como el llamado *Discurso profético de Marduk*, de la misma época, se «predijeron» las tres ocasiones en que los invasores de Babilonia se habían llevado consigo, en el pasado, la imagen del dios nacional Marduk, para «predecir» a continuación la vuelta de esa imagen a su templo, cosa que ocurrió en época del autor. Mucho más tardía es la denominada *Profecía dinástica*, en la que un autor da probablemente rienda suelta a sus sentimientos antihelénicos: en ella se «predicen» la caída de Asiria y el auge de Babilonia, luego la caída de Babilonia y el auge de Persia, a continuación la caída de Persia y el triunfo de Macedonia; en la conclusión, por desgracia, muy deteriorada, se debió profetizar la ruina de los dinastas seléucidas.

B. Poemas épicos

Se pueden extraer datos históricos de los más diversos relatos literarios. Así, el poema de la «Maldición de Akkad», que tergiversa radicalmente los datos, es un buen indicio de ciertas corrientes anticentralistas [↑ I.2.2.2; VI.2.2.2] en pleno

s. -XXI. Los poemas sumerios sobre las hazañas de los reyes *Enmerkar*, *Lugalbanda* y *Gilgameš* [↑ VI.1.3] se mueven en planos predominantemente fabulosos; prueba de que, cuando se compusieron estas obras, no quedaba de los personajes más memoria que sus meros nombres, los de algunos enemigos y los de los escenarios de sus andanzas. En el texto denominado *El Rey Batallador*, que narra una expedición del viejo Sargón I de Akkad (ca. -2334-2279) a Anatolia, el rey es un esforzado héroe capaz de llevar a cabo las más arduas e inverosímiles empresas.

Los poemas épicos surgieron siempre abonados por una ideología política o religiosa más o menos explícita. En los textos babilónicos, los temas dominantes son la supremacía del dios nacional Marduk sobre los demás dioses, y la desgracia que cae inexorablemente sobre los reyes babilónicos que descuiden su culto. La *Epopéya de Tukulti-Ninurta*, composición de finales del s. -XIII que narra las hazañas de este rey asirio [↑ VII.1.2.3; VII.2.2], justificaba sus ataques contra Babilonia –por la que los asirios sentían gran respeto– basándose en supuestos crímenes cometidos por el rey babilonio Kaštiliaš, de la dinastía casita: estamos ante un panegírico del rey asirio y una apología suya ante el partido probabilónico.

1.4.3. Fuentes externas

Aparte las fuentes cuneiformes descritas, o fuentes internas, hay un amplio repertorio de fuentes *externas* que, aunque de menor valor, pueden completar los datos ofrecidos por aquéllas. Para las épocas finales de Asiria y Babilonia pueden traerse a colación:

- Los textos bíblicos de los *libros de Reyes* y *Crónicas*, que narran los conflictos y contactos de Israel y Judá con las potencias mesopotámicas neoasiria y neobabilónica durante el I milenio a.C. [↑ VIII.2.2.2]. Por el contrario, los relatos del Pentateuco sobre las andanzas de los Patriarcas por tierras mesopotámicas carecen absolutamente de valor histórico. El relato del diluvio en el libro del Génesis es, a su vez, claro deudor de las tradiciones babilónicas sobre este mismo tema.
- Desde la época aqueménida disponemos, aparte de la documentación cuneiforme babilónica, de las *inscripciones persas* y de fuentes abundantes *griegas* (Heródoto y Jenofonte, entre otros).
- De los últimos períodos de la historia del Próximo Oriente antiguo nos hablan los escritores latinos (de época imperial), bizantinos y sirios, así como las inscripciones partas (arsácidas), sasánidas (pahlavis), sogdianas (Samarkanda) y bactrias.

1.5. CONSTANTES CULTURALES DE LO MESOPOTÁMICO: LA GRAMÁTICA CULTURAL BABILÓNICA

Toda cultura, antigua o moderna, es una especie de supra-lenguaje, un *sistema coherente de comunicación* válido para un reticulado social específico, cuya única función es dotar de sentido a las acciones de los que viven en ese marco.

Para reconstruir una cultura del pasado, primero hay que recuperar sus residuos. Con ello, sin embargo, no habremos obtenido gran cosa: hay que ordenar esos residuos de modo que dejen de ser un conglomerado amorfo y vayan apareciendo las conexiones que los relacionan entre sí. Del mismo modo que los sonidos de una lengua tomados individualmente no tienen sentido mientras no se agrupan en palabras, y éstas en frases regidas por una gramática, tampoco los residuos en sí son entidades significativas hasta que no se van articulando en conjuntos, y éstos en constelaciones de conjuntos. Análogamente al lenguaje, donde la gramática ordena el léxico y hace posible la comunicación, existe una *gramática cultural* que fue la que en su día rigió, ordenó y dio sentido a los artefactos materiales o mentales producidos por un determinado grupo social. La muerte de un lenguaje se produce al deteriorarse y destruirse su gramática; la muerte de una cultura es la destrucción de ese sistema de reglas que ordena la producción y uso coherente de los artefactos.

La cultura mesopotámica es, como todas, una macro-gramática por la que se rige un macro-lenguaje; es un *gran sistema simbólico*, creado por y para los que se interrelacionaron dentro de este marco espacial y temporal. Lo que pretendemos, al estudiar la historia mesopotámica, es descubrir esa gramática, ese sistema simbólico que da sentido a las series de artefactos descubiertos en las excavaciones. Partimos, para ello, de los residuos, y los ordenamos como ordenaríamos los sonidos inconexos de un lenguaje para construir sílabas, palabras, frases, textos. Vemos cómo los diferentes artefactos se pueden organizar en subsistemas, luego en sistemas dotados, cada uno en su nivel, de significación: el resultado de la organización de los sistemas es una compleja red de comunicación, constituida en lo esencial por los subsistemas siguientes (Clarke, 1969: 101 ss.):

- a) Subsistema *social*: es el reticulado jerárquico de relaciones personales, grados de parentesco y rango social;
- b) Subsistema *mitológico*:
 - en su vertiente *religiosa* abarca las estructuras conscientes de creencias y prácticas sociales en las que se expresa la actitud ante los dioses, o lo sobrenatural, o el misterio de la vida y la muerte;
 - en su vertiente *psicológica* comprende los sistemas integrados de creencias inconscientes suprapersonales, y el correspondiente sistema inconsciente de valores;
- c) Subsistema *económico*: se trata de la estrategia integrada de los métodos de subsistencia y procesos de obtención de los bienes con que se alimenta y equipa la sociedad; se integra en él la llamada *cultura material*, o constelación de artefactos en que se plasman los comportamientos globales de la comunidad y que comprende los parámetros tecnológicos.

En Mesopotamia, como en todo sistema cultural, los diferentes subsistemas están relacionados entre sí, de modo que los cambios en uno de ellos producen ecos de intensidad variable en los demás y, por ende, en la configuración del sistema cultural global. Por ejemplo, la información sobre el subsistema religioso

deberá tener en cuenta los datos de los subsistemas social, psicológico, económico o de la cultura material; sería un error reducir la información a los testimonios ambientados primaria –y arbitrariamente- en el ámbito del subsistema religioso. De igual forma, para definir los datos directamente atribuibles al subsistema social, por ejemplo la estratificación sociológica o las formas de gobierno, no se pueden ignorar los mecanismos del subsistema psicológico, del religioso (especialmente la mitología), etcétera.

Cada uno de estos *subsistemas*, aunque de hecho afecten a todos los niveles del entramado cultural, encuentra su lenguaje específico y su concreción en determinados *biotopos arqueológicos*: conjuntos de artefactos en los cuales tiende a concentrarse la información referida a tal subsistema. Así, para el estudio del subsistema social, convendrá atender primero a la densidad y distribución de los asentamientos, a su tamaño y morfología, planificación interna, existencia o no de documentación escrita, tipología de esta documentación (por ejemplo, organización en archivos, burocracia), para pasar luego al estudio sociolingüístico, etc. La identificación y delimitación de tales *contextos preferenciales* es de suma importancia en el estudio de la cultura y sus subsistemas. Sin embargo, el análisis de los diferentes subsistemas no puede reducirse al estudio de los datos procedentes de contextos o biotopos arqueológicos supuestamente homogéneos. Así, si bien los datos sobre el subsistema religioso tienden a multiplicarse y concentrarse en series de artefactos (no necesariamente de carácter textual) procedentes de contextos culturales (templos, por ejemplo), su análisis coherente e integral exige tener igualmente en cuenta los datos que sobre él arrojan los archivos y complejos materiales palaciegos o domésticos, los artefactos mágicos (textos, amuletos), las prácticas de enterramiento, los textos lexicográficos, etc.; es decir, contextos arqueológicos que, en apariencia, responden más bien a los subsistemas social, psicológico, económico, etc., que al estrictamente religioso.

Los tres bloques, el subsistema *social*, el subsistema *mitológico* y el subsistema *económico*, son tres versiones, o tres lenguajes (léxicos), de un único sistema matriz, la cultura mesopotámica, y están, en consecuencia, gobernados por una única *gramática cultural*. Esta gramática cultural se mantuvo vigente desde épocas prehistóricas, anteriores en varios siglos al -3000, hasta los tiempos helenísticos. Pese a las mutaciones y acomodaciones inherentes a todo sistema vivo, los parámetros vigentes permanecieron sustancialmente invariables.

1.6. BIBLIOGRAFÍA

No abundan en español las buenas introducciones generales a la historia y la cultura de la antigua Mesopotamia y sus áreas de influencia. En lo esencial se trata de traducciones; muy recomendables son Jacobsen, 1954 (un clásico); Cassin-Bottéro-Vercoutter, 1992 ss. (varias ediciones); Garelli(-Nikiprowetzki), 1974, 1977; Klíma, 1980; Von Soden, 1987 (otro clásico, imprescindible); Roux, 1990, y Liverani, 1995, muy completo y desde una perspectiva socio-histórica; para mapas es muy útil Kinder-Hilgemann, 1994.

En lengua francesa debe comenzarse por Bottéro, 1987; pueden encontrarse informaciones muy valiosas en diferentes artículos del monumental *Dictionnaire de la Bible: Supplément*, París (varios volúmenes).

En inglés contamos con la mejor introducción general escrita hasta la fecha: Oppenheim, 1977. Para la historia mesopotámica vista desde dentro, véase Speiser, 1955. El manual de historia más compacto lo ofrece Hallo, en Hallo-Simpson, 1971; para una presentación más actual, véanse Postgate, 1994, con especial incidencia en la economía y en la sociología, y Kuhrt, 1995, más general. Para la historia, consúltense los volúmenes de *The Cambridge Ancient History*, vols. I-III, Cambridge (varias ediciones).

En alemán puede verse la excelente obra colectiva dirigida por Klengel, en Klengel, 1989, además del clásico Landsberger-Von Soden, 1965, esencial para comprender la gramática cultural babilónica. En alemán se publica así mismo el diccionario temático cultural *Reallexikon der Assyriologie*, Berlín, etc. (en varios volúmenes, no está aún completo). También está en alemán la excelente descripción de los hallazgos arqueológicos Hrouda, 1971.

Un buen número de revistas científicas de ámbito internacional se ocupan de la cultura e historia del Próximo Oriente antiguo. Las más importantes son: *Archiv für Orientforschung* (Graz, Austria); la colección *Assyriological Studies* (Chicago); *Aula Orientalis* (Barcelona); las *Acta sumerologica* (Hiroshima); *Journal of Cuneiform Studies* (New Haven); *Orientalische Literaturzeitung* (Berlín); *Orientalia* (Roma); *Révue d'assyriologie et d'archéologie orientale* (París), y *Zeitschrift für Assyriologie und vorderasiatische Archäologie* (Berlín).